

... De cuando hicimos aquel “Congreso en Estocolmo”

Antonio J. Quesada

ags@uma.es

José Luis Sampedro (en adelante, JLS) es uno de esos escritores que, pese a no haber leído completamente toda su obra, me resultan especialmente cercanos. Le sucede lo que a Mario Benedetti: es un compañero de fatigas escasamente barroco y excesivamente lúcido, pero con un fondo de tristeza y/o de extraña ilusión en la mirada que me interesa. No sé a dónde iremos con ellos, pero caminamos juntos y, las cosas como son, es agradable el trayecto. Recientemente me han regalado “Sala de espera”, interesante para conocer todavía más a la persona y al personaje. Reconozco que todavía no he sido capaz de intercalarla entre mis lecturas. Al tiempo: citas con poderosos del mundo tengo pocas en la agenda, pero lecturas tengo muchísimas. Al tiempo.

Hay obras de JLS que releo periódicamente, como “El río que nos lleva” o “Congreso en Estocolmo”, y otras que dejaron en mí un gran sabor de boca, como “La sonrisa etrusca” y no he vuelto a tocar, quizá, para no poner en peligro tal recuerdo. Pero como personaje me resulta especialmente atractivo este compañero de viaje, JLS. Alguien que no tiene televisor, de entrada, debe poseer algo parecido a un cerebro dentro de la cabeza, y su modo de ser y de estar no me desagradan para nada. Falleció mayor de edad y joven de mentalidad.

Este comentario estará dedicado a “Congreso en Estocolmo”. En primer lugar porque sí (argumento de peso donde los haya), porque va mi firma arriba y me responsabilizo de mis obsesiones y demonios familiares y, en

segundo lugar, porque me resulta especialmente sugerente reflexionar sobre este texto en estos momentos. Me interesa el libro y lo que conlleva: por el mensaje que se destila, por la trama tan bien trabada y porque, trabajando donde trabajo, he vivido ya unos cuantos congresos en Estocolmo, aunque mi Estocolmo se llamase Roma, Barcelona, Valladolid, Granada, incluso Málaga. Para mí Estocolmo nunca estuvo en Estocolmo, pero no importa: verdaderamente Estocolmo puede ser, incluso, Estocolmo. En último término, lo que pretendo es releerme un poco a mí mismo. Peligro.

“Congreso en Estocolmo” fue la primera novela publicada de JLS. Se publicó en 1951 o en 1952, no termino de saberlo (y tampoco me voy a poner a contrastarlo ahora, la verdad: eran años duros, en cualquier caso): aunque existían textos anteriores, como “La estatua de Adolfo Espejo” (1939) o “La sombra de los días” (1947), que fueron publicados bastante después (para ser exactos, en 1994). “Congreso en Estocolmo” es un libro que he recomendado a varios compañeros de trabajo: “si trabajas en la Universidad, debes leerlo”, aseguraba mirando a los ojos, así como solemne. Los resultados... impactantes en ellos. No me quiero poner medallas: yo no soy más que el mensajero. La impactante es la novela, no yo. Mis compañeros comprueban cómo en la institución que nos acoge abundan los García Rasines (nuestra institución, y el mundo, en verdad, son de los García Rasines, no nos engañemos: esto va así), que son quienes tienen la sartén por el mango, y todos solemos tener algo (unos más, otros menos) de Miguel Espejo. Inevitable no reconocerse por alguna parte.

Merece la pena profundizar en “Congreso en Estocolmo”. Es como profundizar en nosotros mismos. De entrada, la novela está basada en una experiencia personal literaturizada (eso que algunos han llamado “autoficción”: una vez utilicé la palabra en un evento y una Catedrática casi

me come con guarnición de verduras; con el tiempo, una gran poeta y profesora por la que siento gran cariño y estima intelectual y creativa, me reconciliaría con el término): en 1950 JLS trabajaba en el Banco Exterior de España como jefe del Servicio de Estudios. El Banco mandó a él y a un compañero a no sé qué reunión internacional a Estocolmo. Daría juego el encuentro, como se puede comprobar.

“Congreso en Estocolmo” estaba dedicada a una chica que trabajó durante unos meses en el Servicio de Estudios del Banco, y a la que JLS encontraba bastante atractiva (Karin es una recreación de esa ilusión idealizada: Karin me parece un personaje algo débil como personaje; una proyección, una idealización menos lograda). Sabedor de que era un jardín prohibido, pues JLS ya estaba casado y en esos años con estas cosas no se jugaba, hizo lo que cualquier buen creador: como la realidad no se amoldaba a lo que deseaba, inventó otra realidad. Por ello, esta novela se presenta como un modo creativo de acceder a otras formas de vida que las circunstancias personales y particulares del autor no le permitían vivir. Me parece una legítima razón para crear: corregir la realidad.

Miguel Espejo, el protagonista, es un hombre en el umbral de la madurez: se siente ya viejo e incapacitado para vivir una nueva vida o para llenar de vida su devenir consuetudinario. Optó una vez por un camino, como quien aprueba una oposición, y ya no queda vuelta atrás: a tomar posesión y a esperar la muerte sin sobresaltos. En las autopistas tampoco se da marcha atrás: si no tomaste la salida no queda más que seguir adelante y no mirar atrás. Es nunca más. Porque nunca llega una próxima salida que te sirva...

JLS refleja en el libro su propia “crisis de los cuarenta”, cuando entendía que había elegido un camino y eso cerraba cualquier otra posibilidad de lo que fuera: al personaje que más datos de JLS ha dado, en su extensa obra, posiblemente sea a Miguel Espejo, según confesaba el autor por alguna parte.

Otro personaje al que es esencial referirse es García Rasines, el responsable de la delegación oficial española. Repasaremos su vida y milagros más adelante, merecerá la pena.

Quiero afrontar el comentario reflexionando sobre dos grandes apartados: en primer lugar, me parece interesante seleccionar diversos detalles vertebrales de la obra. En segundo lugar, creo que es muy clarificador repasar el mundo de un congreso científico. Eso que tanto hemos vivido algunos y cuya lectura en la obra de JLS nos arranca sonrisas meditativas.

Respecto de los **heterogéneos detalles de la novela**, podemos destacar diversas ideas.

De entrada, esta novela es una huida. Huida del paisaje humano y de todo tipo de España. La España gris ceniza del Centinela de Occidente, con curas y militares ejerciendo el ordeno y mando en todo. Se destaca, por ejemplo, la gran importancia del paisaje nórdico en la novela. El cambio es total: ni curas ni militares, ¡bien! Cuando JLS publica “Congreso en Estocolmo”, Luis García Berlanga le comentó que era la primera vez que había comprendido la importancia que tiene el paisaje en torno a los personajes. Por algo será.

No queda ahí la cosa: es evidente lo exótico de los tipos femeninos y la libertad de costumbres que se aprecia. No estamos ante mujeres morenas-morunas que van a misa con la mantilla incrustada, precisamente: esto va de otro modo, no del triste que se deja atrás por unos días. El mismo JSL se bañó desnudo en un balneario, ¡imaginen!

Por otra parte, se quiere destacar también algo que será constante en la obra de JLS: la oposición entre dos tipos de hombre. Por una parte, el intelectual y, por otra, el que vive según su instinto. El profesor español envidia al lapón, que es un hombre más vital. Pensar o vivir, quien sabe. ¿Pienso luego existo? No. Actuar frente a meditar: es un modo de ser y de estar, no necesariamente peor, como la cultura quiere hacernos creer. Incluso la naturaleza puede transmitir saberes, recordemos al reno y a la avispa como mensajeros del tiempo.

Miguel Espejo cambia de óptica, incluso: “Si hay algo claro en mí es que nada debe ser asfixiado en embrión”, llega a pronunciar Miguel Espejo en un destello de lucidez. Cambio total con la actitud mantenida en la España gris ceniza de la que viene. La novela se basa en el “Siento, luego existo”, eso en España te costaba la excomunión por lo menos.

Miguel Espejo llega a vivir una nueva vida. *Cherchez la femme*, claro: lo hace gracias a Karin. Pero, como el protagonista de “Tres sombreros de copa”, no terminará de lanzarse a romper con todo, y da de lado a esa vida que se abre ante él para volver a lo de siempre: a esa vida cuadrículada de provincias con esposa, trabajo y misa dominical. El hombre suele ser animal de costumbres, y ese hombre austero, que se siente incómodo con las riquezas, regresa a la casa del padre. No queda otra para seguir siendo un hombre de orden. Como Dios manda. No es un punto y aparte: es un

paréntesis. Único, pero paréntesis, y de un paréntesis, sea más o menos largo, siempre se espera que se cierre.

En segundo lugar, es sugerente repasar **cómo se refleja el mundo de un congreso científico en la obra**. Esta lectura no puede hacerla todo el mundo, pero tampoco es imprescindible para disfrutar del libro. Pese a ello... aquellos que nos movemos en estos ámbitos le sacamos un rendimiento particular a la lectura. No me cabe duda.

Todos hemos vivido experiencias como la de ir a un congreso modestamente, al margen de jolgorios oficiales, con una maletita y cuatro papeles, después de sentir la inmensa alegría de que hayan aceptado nuestra modesta comunicación. Y todos hemos conocido a los “popes” de la materia, con la corte de aduladores puesta y lo que dan de sí los pasillos y horas de comer, en los que se logra más que en las mesas redondas de dentro. Inevitable: cuenta JLS que García Resines era un señor conocido, pero tan arquetípico que amigos de JLS atribuían sus rasgos a otras personas distintas de la que de verdad encarnaba. Es más: personalmente le pongo la cara de hasta siete compañeros de trabajo, diferentes, así sin pensarlo mucho (si pienso más, salen inevitablemente más). Siete trepas que aprovechan para medrar y ascender, algunos con escasos méritos científicos, pero que conocían a éste, a aquel y al de más allá (todos, precisamente, con mando en tropa, con capacidad para colocarte un artículo en una revista, llamarte para un tribunal de tesis doctoral, colarte una ponencia invitada en no sé dónde o darte no sé qué cargo). Curiosamente, como García Rasines, luego alardeaban de los muchos contactos... Miguel Espejo nos venga: quizás por eso leemos este trabajo también con más deleite.

García Rasines aprovecha cualquier momento para hacer ver a Espejo que él no es parte del “cogollito”, no es un “pata negra”, pero que él puede introducirle, si le parece correcto. Tiene poder. De hecho, le convierte en miembro después de su clamoroso triunfo en el Congreso. Sabe ubicarse junto a quien, por la razón que sea, es el centro de atención. Saldrá siempre a flote, es un corcho que flota en todas las aguas. Hace ver a los demás que es un personaje esencial, que sus manejos dan fruto aquí y allá, que es importante y así, trepa que trepa, va alcanzando sus intereses, que no son otros que figurar. En la cena de clausura ganó dos puestos respecto de la cena de inauguración: sus esfuerzos no habían sido en vano. ¡Cómo me río cuando le pongo la cara de algún conocido! Unos cuantos están perfectamente descritos en él.

Comunicaciones, intercambio de tarjetas, comidas y cenas, visitas, todo eso que se hace en los congresos. Yo volvía satisfecho después de haber rellenado otra línea de *curriculum* y haber pasado varios días pensando en otras cosas. Presentaste tu trabajo, ahora toca retocarlo de cara a una posible publicación, y la satisfacción de un posible Acta del Congreso. En cualquier caso, los *garcíarasines* son los que controlan este cotarro y todo lo que implica poder, mientras los *miguelespejos* seguiremos colándonos por las grietas para intentar sentarnos a la mesa, pero este mundo no está hecho para nosotros. Ni mucho menos.

En fin, que me pongo tierno con esta novela de JSL. Me trae recuerdos muy bellos: esos recuerdos que uno tiene de cosas que no ha hecho, incluso. Recuerdos... de cuando hicimos aquel “Congreso en Estocolmo”.